

de atenerse á las preocupaciones, la medicina suministraría á la moral la llave del corazón humano, y al curar el cuerpo podría estar segura muchas veces de curar el espíritu.» Veinte años después el ilustre Pinel, médico de la escuela de Condillac, fundó la psiquiatría moderna que, dulcificando los más terribles sufrimientos de la humanidad, nos ha conducido á tratar á los alienados cada día con más afecto y á ver locos en un gran número de criminales. «El dogma de la espiritualidad del alma ha hecho de la moral una ciencia de conjeturas que no nos da á conocer de ningún modo los verdaderos móviles que se deben emplear para influir en los hombres; ayudados por la experiencia (si conociésemos los elementos que forman la base del temperamento de un hombre ó del mayor número de los individuos de que se compone un pueblo), sabríamos lo que les conviene, las leyes que les son necesarias y las instituciones que puedan serles útiles; en una palabra, la moral y la política pudieran sacar del materialismo ventajas que el dogma de la espiritualidad no les suministrará nunca y las cuales les impide hasta pensar». Este pensamiento de Holbach espera todavía hoy su porvenir, y es probable que al cabo la estática moral haga más por la física de las costumbres que la fisiología.

Holbach deriva todas las facultades morales é intelectuales de nuestra sensibilidad; esta última es la que recibe las impresiones externas; «un alma sensible no es más que un cerebro humano organizado de tal modo que recibe con facilidad los movimientos que le comunican; así llamamos impresionable al que llora al ver un desgraciado, al oír el relato de un terrible accidente ó ante el simple pensamiento de una escena aflictiva». Aquí Holbach trata de fundar los principios de una filosofía moral materialista que todavía hoy nos falta, y de la cual esperamos una exposición completa, aun cuando no tengamos la intención de atenernos á su punto de vista. Se trata de dar con el principio que sobrepuje al egoísmo; segura-

mente la piedad no basta, pero si se le añade la simpática alegría, si se extiende lo suficiente su horizonte para ver toda la parte natural que el hombre de una organización superior toma en el destino de los seres á quienes reconoce como semejantes suyos, entonces tendremos ya una base por medio de la cual se podría, si es necesario, demostrar, sobre poco más ó menos, que las virtudes entran también insensiblemente en el hombre por los ojos y los oídos. Sin atreverse á dar con Kant el paso decisivo que trastorna todas las relaciones de la experiencia concernientes al hombre y á sus ideas, se pudiera, sin embargo, establecer también esta moral sobre un fundamento sólido, mostrando cómo, por intermedio de los sentidos, se forman poco á poco en el transcurso de miles de años una solidaridad del género humano para todos los intereses, de donde resultaría que todos los individuos sentirían los placeres y dolores de la humanidad entera por la armonía ó desarmonía de sus propios pensamientos y sensaciones con esos mismos dolores y placeres. En vez de seguir el curso natural de estas ideas, Holbach, después de algunas digresiones que recuerdan mucho las de Helvetius sobre el espíritu y la imaginación, se obstina en derivar la moral de los discernimientos de los medios para alcanzar la dicha, procedimiento que refleja completamente el espíritu de su siglo, tan antihistórico y tan dado á las abstracciones.

Los pasajes políticos del libro que nos ocupa son, ciertamente, más importantes de lo que por lo general se piensa; la doctrina que encierran tiene tal carácter de firmeza, de decisión y absoluto radicalismo, disimulan bajo la fe en el éxito ó de la resignación filosófica una irritación tan implacable contra el orden de cosas existente, que hubieran debido ejercer una influencia más profunda que las largas tiradas de una retórica espiritual y apasionada; se hubiera fijado más la atención en ello si no fueran tan concisos y estuviesen diseminados en la

obra. «El gobierno, tomando su poder de la sociedad y establecido para el bien de ésta, es evidente que la sociedad puede revocar ese poder cuando su interés lo exija, cambiar la forma de su gobierno y extender ó limitar el poder que ha confiado á sus jefes, sobre los cuales conserva siempre una autoridad suprema por la ley inmutable de la naturaleza, que quiere que la parte esté subordinada al todo». Este párrafo del capítulo IX sobre las bases de la moral y la política, da la regla general; el pasaje siguiente del capítulo XI sobre el libre albedrío, ¿no encontraría aún su aplicación en nuestra época? «Vemos tantos crímenes en la tierra porque todo conspira á hacer á los hombres criminales y viciosos; sus religiones, sus gobiernos, su educación y los ejemplos que tienen ante sus ojos les lanzan irresistiblemente al mal; en tales casos la moral les prescribe inútilmente la virtud, que no sería más que un sacrificio doloroso del feliz en las sociedades donde el vicio y el crimen son constantemente premiados, estimados y recompensados, y donde los desórdenes más tremendos no se castigan más que en aquellos que son demasiado débiles para que tengan derecho de cometerlos impunemente; la sociedad castiga en los pequeños los delitos que respeta en los grandes, y á menudo comete la injusticia de decretar la muerte contra aquellos á quienes las preocupaciones públicas que ella mantiene han hecho criminales.»

Lo que distingue al *Sistema de la naturaleza* de la mayor parte de los escritos materialistas, es el tono decidido con que toda la segunda parte de la obra, que es más fuerte todavía que la primera, combate en catorce capítulos muy extensos la idea de Dios bajo todas las formas posibles. Casi toda la literatura materialista de la antigüedad y de los tiempos modernos, cuanto se ha atrevido á concluir en este sentido lo ha hecho tímidamente; hasta Lucrecio, para quien libertar al hombre de las cadenas de la religión constituye la base más sólida de una regene-

ración moral, hace llevar, por lo menos á ciertos fantasmas de divinidades, en los intervalos de los mundos una existencia enigmática. Hobbes, que en teoría está por cierto más próximo del ateísmo francamente declarado, hubiera hecho ahorcar en un estado ateo á cualquier ciudadano que hubiese enseñado la existencia de Dios, pero en Inglaterra reconocía todos los artículos de fe de la Iglesia anglicana; la Mettrie, que se atrevió á hablar, pero sin ambages y sin equívocos, sólo dedicó sus esfuerzos al materialismo antropológico; Holbach es el primero que parece dar la mayor importancia á las tesis cosmológicas. Es verdad que considerándolo más de cerca, se observa fácilmente que aquí como en Epicuro son puntos de vista prácticos los que con especialidad inspiran á Holbach; considerando la religión como el origen principal de toda corrupción humana, se esfuerza en extirpar esa inclinación malsana de la humanidad hasta en sus últimas raíces: así es que hace la guerra á las concepciones deístas y panteístas de Dios, tan queridas de sus contemporáneos, con tanto ardor como á las ideas de la Iglesia; sin duda fué esta circunstancia la que suscitó, aun entre los librepensadores, tan violentos enemigos contra el *Sistema de la naturaleza*.

Los capítulos dirigidos contra la existencia de la divinidad son para la mayor parte muy enojosos; los argumentos con que la lógica quiere demostrar la existencia de Dios son de ordinario tan débiles y tan nebulosos que, admitiéndolos ó rechazándolos, se prueba sencillamente que uno está más ó menos dispuesto á ilusionarse á sí mismo; el que se contenta con semejantes demostraciones no hace más que dar una expresión escolástica á su deseo de admitir un Dios; este mismo deseo, mucho tiempo antes de que Kant entrase en este camino para establecer la idea de Dios, sólo se derivó de la actividad práctica del espíritu ó de la vital del alma, pero nunca de la filosofía teórica; el amor escolástico á las discusiones inútiles puede de seguro sa-

tisfacerse cuando gire la discusión sobre las proposiciones siguientes: «el sér existente por sí mismo debe ser infinito y poseer la ubicuidad» ó «el sér necesariamente existente es necesariamente único»; pero ideas tan vagas no podrán dar materia para un trabajo inteligente, serio y digno de un hombre; ¿qué decir ahora cuando un pensador como Holbach consagra cerca de cincuenta páginas de su libro únicamente para refutar la demostración de la existencia de Dios de Clarke, demostración que descansa siempre en frases desnudas *a priori* de toda significación precisa?

*El Sistema de la naturaleza* trata con evidente solicitud de llenar el tonel de las Danaides; Holbach analiza despiadadamente frase por frase para venir siempre á parar á las mismas conclusiones: que no hay razón para admitir la existencia de un dios y que la materia ha existido de toda eternidad; por lo demás, Holbach supo muy bien que combatía, no un argumento, sino apenas la sombra de un argumento; en un pasaje demuestra que la definición de la nada dada por Clarke equivale completamente á su definición de Dios, que no contiene más que atributos negativos, y en otro párrafo hace observar que, según una locución vulgar, nuestros sentidos sólo nos manifiestan la corteza de las cosas; pero, añade, en lo concerniente á Dios no nos muestran ni aun la corteza. Es notable, sobre todo, la reflexión siguiente: «El doctor Clarke nos dice que es suficiente que los atributos de Dios sean posibles y tales que no admitan demostración de lo contrario; ¡extraña manera de razonar! La teología será, pues, la única ciencia donde sea permitido deducir que una cosa es desde el instante en que es posible;» aquí Holbach pudiera haber preguntado cómo es posible que personas bastante sanas de espíritu y de una conducta casi irreprochable se contenten con aserciones completamente construídas sobre el aire; ¿no hubiera debido admitir que las ilusiones del hombre, respecto á la religión,

son de otra naturaleza que las de la vida cotidiana? Holbach no veía ni aun la corteza de Dios en la naturaleza externa; no obstante, sus débiles argumentos, ¿no pudieran constituir una fragil corteza bajo la cual se ocultase una idea de Dios más sólidamente fundada en las facultades del alma humana? Pero para esto hubiera sido preciso juzgar la religión de un modo más equitativo, bajo la relación de su valor moral y civilizador, que es lo que no había que esperar de ningún modo, dado el terreno en que el *Sistema de la naturaleza* había fructificado.

El capítulo IV de la segunda parte, relativo al panteísmo, demuestra sobre todo en qué punto de vista tan estrecho se había colocado el *Sistema de la naturaleza* en lo que concierne á la idea de Dios. Cuando se piensa que durante mucho tiempo espinosismo fué sinónimo de materialismo, y que por naturalismo se entendía muy á menudo las dos tendencias reunidas, cuando se piensa que se hallan con harta frecuencia aspiraciones del todo panteístas entre los hombres que están designados entre los jefes del materialismo, hay que asombrarse del ardor desplegado por Holbach para barrer del pensamiento humano el sencillo nombre de Dios, siendo así que se le identifica con la palabra naturaleza; y no obstante, Holbach en esto no va demasiado lejos, considerándole desde su punto de vista; porque es precisamente la disposición mística (esencial al alma humana) la que considera como enfermedad y á la que atribuye los más grandes males que afligen á la humanidad; y de hecho, á poco que se dé una idea de Dios, probada y definida, no importa cómo, el alma humana se apoderará de ella, la transformará poéticamente y la personificará, tributándole un culto, una adoración cualquiera, cuyo influjo en la vida no dependerá ya apenas del origen lógico y metafísico de la idea. Si este impulso hacia la religión, que sin cesar se produce á pesar de los argumentos de la lógica, no tiene ni aun el valor de la poesía, si por el contrario es completamente perjudicial,

cierto que entonces será preciso exterminar hasta el nombre de Dios, y sólo de esta suerte se llegará á edificar sobre un fundamento sólido una concepción del universo conforme con la naturaleza; pero entonces tendremos que acusar á Holbach de una pequeña debilidad oratoria que pudiera tener peligrosas consecuencias, cuando habla del verdadero culto y de los altares de la naturaleza.

¡Con qué frecuencia los extremos se tocan! En el mismo capítulo en que Holbach conjura á sus lectores á libertar para siempre á la humanidad del fantasma de Dios y á no volver á pronunciar más su nombre, contiene un párrafo que representa la inclinación del hombre á lo maravilloso como tan universal, tan arraigada y tan irresistible que no es ya posible considerarlo como una enfermedad pasajera del desarrollo humano; por el contrario, es preciso admitir formalmente una caída del hombre por el pecado, pero en un sentido inverso á la tradición, con objeto de evitar la conclusión de que este amor á lo maravilloso es tan natural en el hombre como la pasión por la música, los hermosos colores y las bellas formas, siendo imposible resistir á la ley de la naturaleza que le ha hecho de tal modo: «Los hombres prefieren siempre lo maravilloso á lo sencillo, lo que no entienden á lo que pueden entender; menosprecian los objetos que les son familiares y no estiman más que aquellos que no se hallan en estado de apreciar; de lo que sólo tienen ideas vagas deducen que encierra algo importante, sobrenatural ó divino; en una palabra, le es necesario el misterio para conmover su imaginación, ejercitar su espíritu y saciar su curiosidad, que sólo trabaja cuando se ocupa en enigmas imposibles de adivinar.» En una nota relativa á este párrafo, Holbach observa que muchos pueblos pasaron de una divinidad comprensible, el sol, á una divinidad incomprensible; ¿por qué?... porque el Dios desconocido, el más oculto y el más misterioso, complace siempre mucho más á la imaginación que un sér visible. Todas las religiones tienen, pues, necesidad de

misterio, y este es el secreto del sacerdocio; he aquí de nuevo á los sacerdotes en litigio, cuando sería quizá más lógico deducir que esta clase ha nacido primitiva y naturalmente de la necesidad que el pueblo siente de tener misterios, y que, á pesar del progreso y de su ilustración, dicha clase comprende que no puede elevar al pueblo á concepciones más puras porque su grosera inclinación hacia lo misterioso es mucho más fuerte y poderosa; también se ve que en este combate á raja tabla contra las preocupaciones, la preocupación misma desempeña aún un papel muy importante.

Del mismo modo razona Holbach en los capítulos consagrados á las relaciones de la religión con la moral; lejos de proceder con crítica y combatir el prejuicio que hace de la religión la única base de los actos morales, el *Sistema de la naturaleza* se esfuerza en demostrar lo que las religiones positivas, y sobre todo el cristianismo, han perjudicado á la moral; los dogmas y la historia le suministran numerosos hechos en apoyo de esta tesis que, en general, está superficialmente sostenida; así, por ejemplo, hay detrimento para la moral cuando la religión promete perdonar á los malvados mientras que abrumba á los buenos bajo el peso de sus exigencias; alienta, pues, á los unos y á los otros los desanima; pero qué acción en el transcurso de los siglos tendrá en la humanidad este debilitamiento, resultado de la oposición tradicional entre los «buenos» y los «malvados», es lo que no ha examinado el *Sistema de la naturaleza*; y, sin embargo, un verdadero sistema de la naturaleza debería mostrarnos que esta oposición tan marcada es engañosa, que su consecuencia es oprimir cada vez más al pobre, degradar al débil y maltratar al enfermo, mientras que afirmando la igualdad de las faltas y preparando la conciencia de la humanidad, el cristianismo está de acuerdo con las conclusiones á que debe conducirnos el estudio escrupuloso de la naturaleza, y particularmente la eliminación de la idea del libre albedrío;

los «buenos», es decir, los dichosos, han tiranizado en todo tiempo á los desgraciados; seguramente, en este punto, la Edad Media cristiana no vale más que el paganismo; ha sido menester la ilustración de los tiempos modernos para alcanzar una mejoría sensible. El historiador ha debido preguntarse seriamente si los principios del cristianismo, después de haber luchado durante miles de años bajo la forma mística contra la brutalidad de los hombres, no han dado sus mejores frutos en el momento en que va á desaparecer, habiéndose hecho capaz la humanidad de concebir el pensamiento puro separado del símbolo.

En cuanto á lo que concierne á la forma religiosa en sí, y sobre todo á esa inclinación del alma por el culto y las ceremonias ó bien por las emociones que perturban y enervan la vida del espíritu, inclinación que tantas veces se ha confundido con la religión, se puede preguntar si la molición y la sensibilidad excesivas que resultan de ella y si la opresión del buen sentido y la corrupción de la conciencia natural que la acompaña, no son con frecuencia tan perniciosos para los pueblos como para los individuos; por lo menos, la historia de los hospicios de alienados, los anales de la justicia criminal y la estadística moral suministran hechos cuyo conjunto pudiera constituir un día una demostración empírica; Holbach sabe poco de eso; en general, no procede empírica sino deductivamente, y todas sus hipótesis relativas al influjo de la religión descansan en la apreciación exclusiva de los dogmas por el simple razonamiento; con este método, el resultado de su crítica es bastante insuficiente.

Mucho más incisivos y profundos son los capítulos en que Holbach demuestra que hay ateos y que el ateísmo puede conciliarse con la moral; se apoya en Bayle, que fué el primero que declaró claramente que las acciones de los hombres no resultan de sus ideas generales, sino

de sus inclinaciones y de sus pasiones; la manera que tiene de tratar la cuestión de si todo un pueblo puede profesar el ateísmo no carece de interés. En muchas ocasiones hemos manifestado las tendencias democráticas del materialismo francés, que contrastan singularmente con el efecto producido por esta concepción del mundo en Inglaterra; Holbach no es, por cierto, menos revolucionario que la Mettrie y Diderot; ¿de qué proviene que después de haberse tomado tanto trabajo en hacerse popular, después de haber hecho un extracto de su obra capital para poner el materialismo «al alcance de las criadas y de los barberos», como decía Grimm, declaró inmediata y categóricamente que esta teoría no se dirigía á la masa del pueblo? Holbach, que á causa de su radicalismo estaba, por decirlo así, excluido de los espirituales salones de la aristocracia parisién, no participaba de las contradicciones de muchos escritores de esta época, que trabajaban con todas sus fuerzas en la ruina del orden de cosas existentes y se conducían, no obstante, como aristócratas, menospreciando á los estúpidos aldeanos á quienes querían, en caso de necesidad, darles un dios á fin de tener un espantajo que los mantuviera en el temor.

Holbach parte del principio de que la verdad no puede perjudicar nunca; esta es la conclusión que saca de una aserción anterior, por la que, en general, una noción teórica, aunque falsa, no puede ser peligrosa; aun los errores de la religión no deben su influjo práctico más que á las pasiones que se unen á ellos y gracias al poder secular que las sostiene por la fuerza; las opiniones extremas pueden subsistir las unas al lado de las otras, supuesto que por medios violentos no se trate de dar el poder exclusivo á alguna de ellas; en cuanto al ateísmo, que se funda en el conocimiento de las leyes de la naturaleza, no puede generalizarse por la sencilla razón de que la gran mayoría de los hombres no tienen tiempo ni deseo de elevarse por largos y serios estudios á una manera de pensar en-

teramente nueva; á pesar de eso, el *Sistema de la naturaleza* está lejos de entregar á las masas populares la religión en vez de la filosofía; deseando una libertad ilimitada de pensamiento con la indiferencia completa del Estado, quiere que las inteligencias de los hombres se desarrollen naturalmente; creerán lo que quieran y aprenderán lo que puedan; los frutos de las investigaciones filosóficas serán pronto ó tarde provechosos á todos, absolutamente lo mismo que lo son ya los resultados obtenidos por las ciencias de la naturaleza; cierto que las nuevas ideas encontrarán una viva oposición, pero la experiencia demostrará que son esencialmente saludables; sin embargo, cuando se trate de su propaganda no hay que limitarse á considerar lo presente, hay que mirar también á lo porvenir y á la humanidad entera; el tiempo y el progreso de los siglos acabarán por ilustrar á su vez á los príncipes que ahora se oponen con tanta obstinación á la verdad, á la justicia y á la libertad humanas.

El mismo espíritu anima al capítulo final, en donde se cree reconocer la pluma entusiasta de Diderot; ese «Esbozo del código de la naturaleza» no es un catecismo seco y árido como el que la Revolución francesa redactó según los principios de Holbach, es más bien un magnífico trozo de estilo y, en muchos conceptos, una verdadera obra maestra; en un párrafo bastante largo, Holbach, como Lucrecio, hace hablar á la naturaleza, la cual invita á los hombres á seguir sus leyes, á gozar de la dicha que les ha concedido, á servir á la virtud y á menospreciar el vicio sin odiar á los viciosos, de quienes más bien hay que tener piedad como infortunados que son; la naturaleza tiene sus apóstoles sin cesar ocupados en proporcionar la dicha al género humano, y, si no lo consiguen, tendrán por lo menos la satisfacción de haberlo intentado; la naturaleza y sus hijas, la Virtud, la Razón y la Verdad, son finalmente invocadas como las únicas divinidades que merecen ser incensadas y queridas; así,

por un arranque poético, después de haber destruído todas las religiones, el *Sistema de la naturaleza* da él mismo nacimiento á una nueva religión; esta religión, ¿llegaría á su vez á producir un clero ambicioso?

La inclinación del hombre al misticismo, ¿es bastante grande para que la tesis de la obra, que rechaza hasta el panteísmo y borra el nombre de la divinidad, llegue á ser el dogma de una nueva Iglesia que sabrá mezclar hábilmente lo inteligible con lo ininteligible y crear ceremonias y formas de un culto? ¿Dónde la naturaleza engendra su contrario? ¿Cómo la eterna necesidad de todo desarrollo produce lo monstruoso y lo condenable? ¿En qué funda nuestra esperanza de un tiempo mejor? ¿Quién pondrá á la naturaleza en posesión de sus derechos si por todas partes no hay más que naturaleza? Cuestiones á las que el *Sistema de la naturaleza* no da contestación satisfactoria. Hemos llegado á la conclusión y también á los límites del materialismo; lo que el *Sistema de la naturaleza* reunió en un todo bien coordinado, nuestra época á su vez lo ha disgregado y dispersado en todos sentidos; se han descubierto gran número de nuevos argumentos y de nuevos puntos de vista, pero el círculo de las cuestiones fundamentales sigue siendo invariablemente el mismo, tal como era ya en realidad en los tiempos de Epicuro y de Lucrecio.